

## ENERO, mes de la ilusión

Al mes de Enero pretende referirse esta segunda sintonía del año, después de haber visto como la primera le daba a éste una cordial salutación de bienvenida,

Ello es natural. Es lógica la naturaleza de esta segunda sintonía, porque viene a ser algo así como una sucesión de obligaciones, de vínculos genealógicos dentro de esta literatura semanal impuesta desde hace más de diez años

Y en los comienzos del presente Enero, estas líneas no pretenden otra cosa que la de presentárnoslo como el mes de la ilusión alada, fabulosa. De esta ilusión que habiendo sido en muchos años precedentes un privilegio exclusivo del mundo infantil, va tomando, cada vez más, carta de naturaleza en la morada espiritual de los mayores.

Es el mes de los Reyes Magos, de estos Señores que ninguna fuerza bastarda podrá arrancarles su cetro, resguardado como está de estos paladines tan fieles como son nuestros pequeños en con su formación sólida y cristiana.

San Feliu proclamó esta auténtica verdad en la tarde del domingo pasado. La tradición guixolense se manifestó a los ojos de todos, de nuevo, en aquel cortejo precedido por los Reyes Magos bajando de la montaña de San Elmo, mientras un aliento de confianza se elevaba del fondo de la ciudad.

Porque sus hijos continuaban perseverando en aquellas esencias que siempre fueron las verdaderas fuentes de su vida, cumpliendo como fieles albaceas el testamento espiritual de nuestros abuelos.

# Ànecdotas

SAN FELIU DE GUIXOLS 9 DE ENERO 1958 - NÚM. 515 - AÑO XI

## El Día del Niño



Así como se ha instituido el Día de la Madre, el del Maestro, el del Estudiante, etc, bien puede considerarse la Festividad de la Epifanía como el Día del Niño.

En esa jornada fastuosa en que la Cristianidad conmemora la Adoración de los Reyes Magos ofrendamos a nuestros niños también, como testimonio del cariño que les profesamos un sin fin de juguetes, golosinas y obsequios de toda clase. La atención que nos merecen de continuo en el hogar durante todos los días del año se intensifica mayormente a primeros de Enero, culminando en el día 6, que, parangonando el ofrecimiento que en tal fecha hicieron los Magos de Oriente al Niño Jesús en su humilde cuna de Belén.

Ningún otro día más apropiado que éste para demostrar nuestro amor a los pequeños. Ninguna solemnidad más en consonancia para simbolizar en una tradicional costumbre los desvelos que nos inspiran nuestros tiernos descendientes.

Llegados a las vigiliass de Reyes un frenesí inusitado se apodera de los mayores y los hace converger hacia los bazares para adquirir cada uno según la importancia de su pecunio, los más diversos juguetes y entretenimientos que luego harán las delicias de los pequeñuelos.

Esta fiebre de regalos ha llegado actualmente a un grado extraordinario. Absorbe ella sola todas las demás preocupaciones a que nos debemos como rectores de nuestros hijos. Durante una quincena, y aun más, desde antes de Navidad nuestros pensamientos venían interferidos por la idea de los regalos a elegir, de las disponibilidades monetarias para poder convertir en realidad nuestros pro-

pósitos con respecto a las ofrendas con que pensamos obsequiarlos.

A veces, incluso, en ciertos casos —y casas— el empeño de no querer defraudar las ilusiones infantiles se convierte en una obsesión perturbadora. Perturbadora en el sentido de sobrepasar el límite de la capacidad económica de la familia. Invirtiendo el orden de las preferencias, inconscientemente, si se quiere, pero no por eso menos erróneamente, da más prelación al presupuesto de gastos para los regalos que al que debe disponerse para las primeras necesidades. La emulación, la competencia con el vecino, el afán de superar en esplendidez a las amistades ofusca la mente de ciertos padres y les hace olvidar la realidad de su propia condición. Quieren lo mejor, lo más bonito, el regalo de más calidad para su pequeño.

Natural deseo, justa pretensión, cuando la potencialidad económica de la familia está en consonancia con el valor de lo pretendido.

Cuando no es así, cuando el sueño elaborado por el paternal afecto tiene más de quimera que de realizable, entonces resulta que lo que debería ser motivo de regocijo para todos, pequeños y mayores, se trastoca prontamente en germen de disgusto para estos últimos.

No quisiéramos, sin embargo sentar catedra de consejeros en esas trifurcas familiares. Bastante agriado les resulta el bollo a los que en tal aprieto se hallan. Lo que sí nos será lícito señalar, por ser síntoma negativo que a todos concierne, es la desigual correspondencia que existe en muchos de esos casos, entre ese afán de emulación ostentosa, de cara cínicamente al efectismo externo, y el poco interés que se demuestra en la formación educativa y moral de esos mismos reyezuelos a quienes se colma de valiosos presentes. Mucho oropel, mucho cascabeleo frívolo y superfluo, y muy poca esencia efectiva en esas almas y corazones en trance de desarrollo.

Pero esto es ya tema para otro comentario. Basta por hoy.